

Es, para mí, una postura inaceptable el pretender reconstruir toda una cultura, o incluso sus aspectos económicos, sociales y políticos, teniendo como apoyo único las obras de arte, cuyo lenguaje *sólo en parte nos es comprensible*.

No me cabe duda de la erudición de Wicke, pero lamento que en su estudio la vierta sin obtener de ella frutos mayores. Su deseo de probar con un método científico la evolución estilística de dos conjuntos de obras de arte, resulta inesperada y definitivamente objetable, cuando pretende sustentar la hipótesis acerca del origen de los olmecas, en una arbitraria y nada científica suposición acerca de un hacha, de la cual se dice que proviene de la Mixteca Alta de Oaxaca.

Por lo demás, creo, y así lo he dicho en otras ocasiones, que las cualidades objetivas de las obras de arte pueden ser clasificables y mensurables; pero también afirmo que el producto artístico, en tanto que lo es de un quehacer humano, es irreductible a una mera fórmula.

B. de la F.

Francis Robicsek: *Copán Home of the Mayan Gods*. Nueva York, The Museum of the American Indian-Heye Foundation, 1972.

El conocimiento del arte y la cultura maya está vertido en innumerables trabajos especializados cuyo enfoque es arqueológico, etnológico, lingüístico, epigráfico y artístico. Existen también publicaciones importantes que tratan el problema de la cultura maya en forma general y cubren la totalidad de sus expresiones culturales. Otro tipo de estudios son los que incluyen al arte maya dentro de una amplia consideración sobre el arte prehispánico. Pero, en general, son escasos los estudios monográficos dedicados al análisis exhaustivo y crítico de una ciudad y sus monumentos y que se ocupen de las expresiones artísticas significativas que le son propias. Es por esto que la monografía de reciente aparición sobre Copán, la importante ciudad maya en Honduras, en el extremo oriental del Área Maya, representa una importante aportación que fija, precisa y define lo que caracterizó a uno de los centros ceremoniales más importantes del periodo Clásico Maya y pone de relieve, a través de la palabra escrita y por las extraordinarias ilustraciones a color y en blanco y negro, mucho de la belleza arquitectónica y escultórica que aún conserva esta legendaria ciudad maya.

El autor de la monografía, Francis Robicsek, es investigador asociado del Museum of the American Indian, Heye Foundation, con sede en Nueva York, institución que edita esta monografía. Robicsek es, además, médico cirujano por profesión; su actividad en este campo lo llevó hace años a Honduras; su interés en la arqueología maya lo condujo e impulsó, desde entonces, al estudio de Copán, la ciudad maya que le da lustre al pasado prehispánico de este país centroamericano.

El autor sin ser arqueólogo o historiador del arte, escribe con la autoridad de un especialista. Su trabajo refleja un profundo conocimiento de las ruinas y revela un acertado criterio para seleccionar la bibliografía especializada directamente relacionada con Copán, además de la cuidadosa revisión de los estudios importantes que han sido hechos tanto sobre el arte y la cultura maya en general como sobre manifestaciones o problemas particulares de la misma.

A lo largo de los capítulos que integran la monografía, Robicsek incorpora a la descripción personal que hace de edificios y monumentos escultóricos y a las reflexiones sobre fenómenos historicoculturales en general, las aportaciones que, al respecto, han hecho otros investigadores y, sin caer en excesiva cruidición, logra un texto de lectura fácil.

Los cinco primeros capítulos del libro presentan una síntesis de las características historicoculturales de los mayas prehispánicos en la que se ocupa de las corrientes difusionistas, del origen del arte maya, de los viajeros y de la historia del descubrimiento de Copán, de la cronología, de la estructura social-política y religiosa y de los logros culturales de esta civilización. Vale la pena señalar aquí que el autor coloca erróneamente a la arquitectura Puuc del norte de Yucatán en el Posclásico y le atribuye en general al Área Norte una ocupación tardía de acuerdo con viejas teorías que la investigación moderna ha refutado por otras más objetivas que sitúan a las ciudades Puuc en el Clásico Tardío y consideran el desarrollo historicocultural del Área Norte con la misma antigüedad que la de otras ciudades del Área Central maya. Cabe aquí también mencionar que la escultura conocida como la Reina de Uxmal que adornó, en su tiempo, el Edificio Inferior Poniente del Adivino en Uxmal, aparece en la ilustración con una leyenda equivocada que la hace provenir de Chichén Itzá.

En los subsecuentes capítulos, la obra se concentra en Copán; los dos primeros se refieren a la arquitectura y a la escultura del sitio. En ellos se definen las características técnicas y formales de edificios y monumentos escultóricos y los elementos que distinguen al arte de Copán del de otros centros mayas. Surge Copán, a lo largo de estas reflexiones, como una ciudad cuyos edificios pudieron haber servido de residencia permanente a un grupo de hombres que no estuvieron empeñados en el dominio ni en la refriega militar como lo evidencia tanto en testimonio arquitectónico como el testimonio escultórico, por la ausencia de construcciones de carácter defensivo y por la inexistencia de armas y temas de lucha y sujeción en el rico complejo escultórico de la ciudad.

Los seis capítulos que siguen, los dedica al estudio de cada uno de los complejos arquitectónicos que componen el centro ceremonial y a la discusión individual de las estelas y altares principales asociados a dichas estructuras. Estos capítulos forman el núcleo del libro y ponen de manifiesto la importancia académica de la contribución del autor al conocimiento del arte maya.

Robicsek no se limita a describir objetivamente la apariencia y características físicas de edificios y monumentos escultóricos, sino que acude a lo dicho por diversos investigadores para señalar problemas de interpretación

importantes que atañen no sólo a Copán sino a otras expresiones artísticas mayas, y aun a las del México prehispánico en general. El método que siguió fue estudiar cada conjunto arquitectónico de Copán con las estelas y los altares más importantes asociados al mismo. De las 38 estelas encontradas en Copán y sus alrededores, el autor describe y analiza 23; a lo largo de la descripción y las fechas de éstas y de los altares, intercala con breves referencias a otros investigadores la interpretación iconográfica que puede dársele a los motivos que las integran. Este mismo método sigue para manejar la extraordinaria escultura integrada a los edificios.

Un penúltimo capítulo está dedicado a monumentos escultóricos dispersos que quedan fuera de los límites naturales del centro ceremonial, los que, por su alta calidad artística, acertadamente fueron incluidos por el autor como parte importante y significativa del corpus escultórico de Copán.

El último capítulo trata sobre el arte menor de Copán que proviene de tumbas y ofrendas en el que presenta un amplio y variado material cerámico, objetos de jade, concha, hueso, obsidiana y piedra. La sensibilidad plástica y la maestría artesanal de los mayas se hace patente en la pintura de vasijas, en las tallas en jade, en los relieves en concha y hueso, y en el modelado de figuras de arcilla.

La monografía sobre Copán se convierte en un extraordinario libro de arte por la alta calidad de las ilustraciones: 297 fotografías a color y 123 en blanco y negro, las que cubren casi la totalidad de las expresiones artísticas de Copán en tomas directas del propio autor, o en dibujos. Se trata de un libro lujosamente editado que revela buen gusto, atinado criterio y la identificación afectiva del autor con las ruinas y lo que éstas proporcionan como camino para descubrir al hombre maya en el remoto pasado prehispánico.

M. F. de M.

Enrique F. Gual: *La pintura de "cosas naturales"*, México, SepSetentas, 1973.

Este pequeño libro, número 100 de la Colección SepSetentas de la Secretaría de Educación Pública, apareció poco después de la muerte de su autor (el 17 de julio de 1973), tan sentida en el medio artístico mexicano. Don Enrique F. Gual, fino caballero, amante, estudioso y crítico del arte pasado y presente, merece en especial nuestro reconocimiento por su obra de años recientes en la organización y dirección del Museo de San Carlos. Cuando se decidió en 1964 trasladar las antiguas colecciones de las Galerías de la Academia de San Carlos a locales diferentes de los que habían ocupado por más de un siglo, y separar la pintura novohispana (desde entonces en la Pinacoteca Virreinal de San Diego) de la pintura de las escuelas europeas y de la del México independiente, se fundó para albergar a la segunda el Museo de San Carlos en el palacio neoclásico de Buenavista. El señor Gual se hizo cargo de un bello edificio, cuidadosamente restaurado, y de unas